

mora (4). Pero el rumor de un serio movimiento hacía los valles del Pirineo oriental obligó á Almanzor á volver sus pasos hacía Cataluña. No era infundado el rumor. Muchedumbre de cristianos habian bajado de aquellas altas montañas, llenos de fé y de resolucion: mandábalos el conde Borrell. En vano se apresuró el

zalez, Ruy Gonzalez, Gustios Gonzalez, Gonzalo Gonzalez. Y al cabo de ellas, un poco mas abajo, está otra cabeza, que dice el letrado que está sobre ella *Nuño Salido*. Y de la otra parte de arriba de las cabezas está un castillo dorado, y encima pintados dos cuerpos de hombres de la cinta arriba: el letrado del uno dice *Gonzalo Gustios*, y el del otro *Mudarra Gonzalez*, los cuales tienen cada uno en la mano medio anillo y le están juntando. Y quitada la dicha tabla, pareció en la pared otra pintura muy antiquísima, con los mismos nombres que la primera, excepto que el nombre de la cabeza que está de la parte de abajo en la primera tabla dice *Nuño Salido*, y en el mas antiguo *Nuño Sabido*. Y visto que dichas pinturas estaban sobre piedra, y que no habia ningun oficial de cantería que rompiese la pared, suspendieron la diligencia. En el dia 16 de dicho mes y año de 1579 mandó el propio gobernador á Pedro Saler, cantero, que tentase la dicha pared para saber si estaba hueca: y dando golpes con un martillo donde estaban las armas (que es un castillo dorado), sonó hueco. Y quitando la pintura que estaba sobre la dicha piedra, se halló otra piedra de cerca de media vara de largo y una tercia de alto,

que se meneaba y estaba floja. Y dicho cantero, presentes muchos vecinos de la villa, la quitó, y dentro habia un hueco grande á manera de capilla, en la cual estaba un arca, clavada la cubierta con dos clavos. Y sacada, la pusieron junto á las gradas del altar, donde se desclavó, y pareció dentro de ella un lienzo muy delgado y sano, sin ninguna rotura, en el cual estaban envueltas las dichas cabezas, algo deshechas, desmolidas y desconyuntadas del largo tiempo, aunque las quijadas y cascotes están de manera que claramente se conoció ser cabezas antiguas, que estaban en la dicha arca. Y vistas por mucha parte de los vecinos de aquella villa, y otros, el dicho gobernador mandó al oficial tornase á clavar el arca, y él lo verificó con cinco ó seis clavos en la cubierta, dejando dentro las dichas cabezas, y volviendo á poner el arca en la capilla y lugar donde antes estaba.

En vista de este documento parece no poder dudarse del trágico fin de los siete hermanos de Lara: los demas episodios han podido ser inventados por los novelistas y romanceros.

(4) *Era MXXIV. prendiderunt Sedpublica (Annal. Complut.). In Era MXXIV. prendiderunt Zamoram (Ann. Tolet.).*

caudillo musulman á evitar un golpe de aquella gente; cuando llegó ya estaba dado; Borrell habia recordado á Barcelona, ocupada un año hacía por los agarenos: Almanzor no pudo hacer sino vencer en algunos reencuentros á los cristianos: á pesar del terror que inspiraba su nombre Barcelona quedó y continuó en poder de los catalanes, y el regente de la España musulmica tuvo que contentarse esta vez con llevar á Córdoba algunos despojos de su correría (5).

Con mas fortuna al año siguiente el hombre de las dos campañas anuales invadió la Galicia, llegó cerca de Santiago, tomó á Coímbra, que dejó al fin abandonada, y regresó á Córdoba por Talavera y Toledo. Diríase que antes se habian cansado los autores de escribir que Almanzor de ejecutar sus sistematizadas irrupciones pues ni los anales cristianos ni los árabes nos dan noticias ciertas de las campañas que debió emprender en los siguientes años, acaso porque no fuesen de particular importancia, si se exceptúa la que hizo en 989, en que destruyó y desmanteló las ciudades fronterizas de Castilla, Osma, Alcoba y Atienza, que por su posi-

(5) *Gesta Comit. Barcin. in Marca, p. 542.*—Segun la tradicion y las crónicas catalanas, en esta ocasion el conde Borrell II. ofreció privilegio militar ó de nobleza hereditaria á cuantos se presentasen con armas y caballo en las montañas de Manresa, y de aqui, dicen, nació la clase llamada *Homens de Paradge*, esto es, hidalgos, hom-

bres de Parage ó casa Solariega. En este tiempo acaeció en Francia la memorable revolucion que hizo pasar la corona de la familia de los Carlovingios á la de los Capetos, de la dinastía de Carlo-Magno á la de Hugo el Grande. Hugo Capeto, hijo de él Grande, fué consagrado en Reims el 3 de julio de 987.

cion habían sufrido ya cien veces todos los rigores de la guerra, y habían sido á cada paso tomadas, perdidas y reconquistadas por cristianos y musulmanes (4).

En tanto no faltaron disgustos de otro género ni al conde García Fernandez de Castilla ni al rey Bermudo de Leon, comenzando á dar al primero graves pesadumbres su hijo Sancho queriendo sucederle antes de tiempo (990), y rebelándose contra el segundo algunos condes de Galicia; sucesos que aunque por entonces no pasaron adelante hubieran favorecido mucho á Almanzor para sus acometidas y ulteriores designios, si él ne hubiera tenido por este tiempo otro mayor disgusto de la misma índole. Y vamos á referir un hecho que ninguno de nuestros historiadores ha mencionado hasta ahora.

Abatidos por Almanzor los mas poderosos nobles del imperio, el único que quedaba, Abderrahman ben Motarrif, walí de Zaragoza, temia que no habia de tardar en llegarle su turno, y quiso probar si podia á su vez deshacerse del regente. Hallábase en Zaragoza el hijo menor de Almanzor llamado Abdallah, resentido de su padre por la preferencia que daba á sus dos hermanos. Projectaron, pues, Abderrahman y Abdallah una revolucion con el designio de alzarse el uno con la soberanía de Zaragoza y de todo Aragon, el otro con la de Córdoba y el resto de

(4) Chron. Couimbric.—Annal. Compl. y Toled.—Conde, cap. 99.

España. Contaban ya con algunos generales y vazzires. Súpolo Almanzor, y llamó á Córdoba á su hijo, á quien comenzó á tratar con mucha atencion y dulzura. En cuanto al de Zaragoza, supo Almanzor con su acostumbrada astucia ganar á sus tropas en una expedicion en que aquel le acompañaba, y que ellas mismas le acusáran de haberse apropiado el sueldo de los soldados. Con este motivo le quitó el gobierno de Zaragoza, pero con mucha política nombró para reemplazarle al hijo mismo de Abderrahman. Preso éste y procesado por malversador, hízole Almanzor decapitar en su presencia. Faltábale atraerse á su propio hijo Abdallah, y lo intentó á fuerza de halagos y de amabilidad, mas todos sus esfuerzos se estrellaron ante el carácter obstinado y el genio sombrío de Abdallah, que en otra expedicion contra Castilla se pasó secretamente al conde García Fernandez, prometiéndole ayudarle contra su padre. Informado de ello Almanzor reclamó enérgicamente al conde castellano la entrega de su hijo. Negóse García á la intimacion, y permaneció Abdallah por espacio de un año al lado del conde de Castilla. Mas en el otoño de 990, perdidas por García las ciudades fronterizas arriba mencionadas, y recelando él mismo de las pretensiones de su propio hijo Sancho, debió convenirle desenojar á Almanzor y accedió á entregarle el reclamado Abdallah, y enviósele con buena escolta de castellanos. De órden de Almanzor salió el esclavo Sad á recibirle al cami-

no, el cual en el momento de encontrarle besó la mano á Abdallah, y no dejó de alimentarle la esperanza de que hallaría indulgencia en su padre. Mas al llegar á las márgenes del Duero, intimáronle los soldados de Sad que se dispusiera á morir: el pérfido esclavo que les había dado esta orden se había quedado algunos pasos detrás: Abdallah se apeó con resignación, y entregó sin inmutarse su cuello á la cuchilla del verdugo. Así pereció el ambicioso y obstinado hijo de Almanzor á la edad de veinte y tres años ⁽¹⁾.

Llegó así el año 992, en que falleció el conde de Barcelona Borrell II., sucediéndole su hijo Raimundo ó Ramon Borrell III., y dejando el condado de Urgel á otro hijo nombrado Armengando ó Armen-gol. Los historiadores árabes se detienen en referirnos los sucesos que á este tiempo en Africa acaecían, los cuales ocupaban no poco á Almanzor, y preparaban en el Magreb la elevación de una nueva dinastía bajo la astuta política de Zeiri ben Atiya, pero cuyos pormenores nos dispensamos de referir por no pertenecer directamente á nuestra España. Repetimos que por nada dejaba Almanzor sus dobles expediciones anuales. Muchas parece haber sido consideradas por los escritores de aquel tiempo como acaecimientos comunes, pues apenas dan cuenta de ellas: otras les

(1) Este hecho, que refiere Ebn Ahdari en su *al-Bayano 'l-mogrib*, nos le ha dado á conocer el orientalista Dozy en sus Investi-

gaciones sobre la historia de la edad media de España, tom. I. página 19 á 24.

merecían mas atención por sus resultados, tal como la que en 991 ejecutó sobre Castilla, y en que tomó á Avila, Coruña del Conde y San Esteban de Gormaz, y la que en 995 hizo á la España Oriental con tan asombrosa rapidez, que antes llegó él á Cataluña que supiesen los cristianos su salida de Córdoba.

Tantos desastres sufridos en los estados cristianos por las repetidas y rápidas invasiones del infatigable, enérgico y valeroso Almanzor, movieron al conde García Fernandez de Castilla, uno de los que mas habían tenido que luchar contra las huestes del intrépido agareno, á llamar en su auxilio al rey don Sancho de Navarra, para ver de resistir aunados á tan formidable poder. Así fué que en su expedición de 995 encontró ya Almanzor juntas las tropas castellanas y navarras entre Alcocer y Langa. Mas aun no habían acabado de reunirse ni de prepararse al combate, cuando ya se vieron atacadas por la caballería sarracena: sostúvose no obstante la lid por todo el día con igual arrojo y denuedo por ambas partes, y cuando la noche separó á los dos ejércitos combatientes unos y otros contaban con que al siguiente día se renovaría la pelea con mas furor.

Cuenta Abulfeda (que también eran no poco dados á consejas los árabes de aquel tiempo), que la noche á que nos referimos, uno de los literatos que solían ir en el ejército segun costumbre de los musulmanes, llamado Said ben Alhassan Abulola, presentó á Al-

manzor un ciervo atado por el cuello, á cuyo ciervo puso por nombre García, y que en unos versos que llevaba le pronosticó que al dia siguiente el rey de los cristianos, García (que así llamaban ellos al conde), seria llevado al campo musulmico atado como el ciervo de su nombre. Aceptó Almanzor el ciervo y los versos con regocijo, y pasó una parte de la noche con sus caudillos preparando lo conveniente para la batalla, á fin de que se cumpliese el vaticinio del poeta (1).

A la hora del alba comenzaron ya á sonar por el campo musulmico los añafles y trompetas; y la terrible algazara, y las nubes de flechas y los torbellinos de polvo anunciaban haberse empeñado la pelea: á poco tiempo los caudillos de la vanguardia sarracena comenzaron á cejar: los cristianos se precipitaron como torrentes impetuosos de las cuestas y cerros con espantosa gritería; á su llegada, parecía desordenarse el centro del ejército musulman y como prepararse á huir en confusion..... los cristianos se internan mas y mas..... ¡desgraciados! cayeron en el lazo que les tendiera Almanzor: aquella retirada y aquel desorden eran un ardid combinado, y pronto se vieron envueltos por las dos alas y por la retaguardia de la caballería enemiga; y por mas que sus generales y caballeros pelearon con denuedo y ardor, abatida la tropa cristiana con tan imprevisto ataque, dióse á

(1) Abulfeda, tom. II. pág. 533.—Conde, cap. 400.

huir con el mayor aturdimiento siendo acuchillada por los ginetes árabes. Y aun no fué este el resultado mas funesto de la batalla; el agüero poético se habia cumplido; entre los caballeros castellanos que habian sido hechos prisioneros se encontró el valeroso y desgraciado conde García, tan gravemente herido, que aunque Almanzor encomendó su curacion á los mejores médicos musulmanes, sucumbió el digno hijo de Fernan Gonzalez á los cinco dias. Fué esta memorable y funesta batalla, segun los datos que tenemos por mas exactos, el 25 de mayo de 995, y la muerte de García el 30 de dicho mes (1). El cadáver del conde fué trasportado á Córdoba, y depositado provisionalmente á ruegos de los cristianos en la iglesia llamada de los Tres Santos: los árabes añaden que Almanzor le hizo poner en un cofre labrado, lleno de perfumes y cubierto con telas de escarlata y oro para enviarlo á los cristianos, y que habiendo estos solicitado su rescate á precio de riquísimos presentes, Almanzor, sin admitir los regalos, le hizo conducir hasta la frontera con una escolta de honor. Tan caballerosamente solía conducirse el héroe musulman (1).

(1) Annal. Compost. p. 349.— Annal. Burg. p. 308. *Et ductus fuit ad Cordobam, et inde adductus ad Caradignam.* emperador de Alemania; tuvo además García á Urraca, que entró religiosa en el monasterio de Cobarrubias, y á Sancho que le sucedió en el condado.

(2) Era el conde García Fernandez suegro de Bermudo el Gotoso, cuya segunda muger llamada Elvira, fué hija del conde y de Ava su esposa, hija de Enrique, Omitimos por fabulosos los amores romancescos del conde García Fernandez con Argentina y Sancha, y las demas aventuras nove-

Pero esto no le obstaba para proseguir sus acostumbradas expediciones, y en el mismo año de la muerte de García Fernandez ejecutó otra á tierras de Leon, en que tambien obtuvo ventajas, de cuyas resultas el rey don Bermudo (*Bermond* que ellos decian), envió embajadores y cartas á Almanzor solicitando avenencias y paz. Acompañó de regreso á los enviados cristianos uno de los vazzires, Ayub ben Ahmer, encargado por Almanzor de tratar con Bermudo. No debió el vazzir coresponden muy cumplidamente ó á los deseos ó á las instrucciones del ministro cordobés, pues al regresar á Córdoba de vuelta de su mision hízole encarcelar, y no le restituyó la libertad mientras él vivió.

O no fueron notables las invasiones que hiciera en 996, ó al menos no nos informan de ellas los documentos que conocemos. En cambio en el 997, despues de una incursion en tierras de Alava en la estacion lluviosa de febrero; cuyo botin se distribuyó por completo entre las tropas sin deducirse el quinto para el califa en consideracion á haberse emprendido en medio de un temporal de frios y lluvias, verificóse la gran gazúa á Santiago de Galicia (*Schant Yakub*), la mas célebre, si se exceptua acaso la de Leon, y la cuadragésima octava de sus irrupciones periódicas,

lescas y absurdas que nos cuenta Mariana, evidenciadas ya de tales, y como tales deshechadas por Morales, Yepes, Berganza, Mondejar y otros respetables autores.

segun Murphy ⁽¹⁾. El conde de Galicia Rodrigo Velazquez, uno de los que antes habian conspirado contra el rey de Leon, por haber éste depuesto de la silla compostelana á su hijo el turbulento obispo Pelayo y reemplazádole con un virtuoso y venerable monje, parece que puesto á la cabeza de los nobles descontentos, si no provocó, por lo menos auxilió esta entrada del guerrero mahometano. Es lo cierto que habiendo partido Almanzor de Córdoba y encaminándose por Coria y Ciudad Rodrigo, incorporáronsele, dicen, los condes gallegos en los campos de Argañin, y juntos marcharon sobre Santiago. Almakari que nos da el itinerario que llevó Almanzor, refiere minuciosamente las dificultades que tuvo que vencer el ejército expedicionario para pasar ciertos rios y atravesar ciertas montañas. El 10 de agosto se hallaba el formidable caudillo del Profeta sobre la Jerusalem de los españoles. Desierta encontró la ciudad. Sus murallas y edificios fueron arruinados, el soberbio santuario derruido, saqueadas las riquezas de la suntuosa basílica; solo se detuvo el guerrero musulman ante el sepulcro del santo y venerado Apóstol; sentado sobre él halló un venerable monje que le guardaba: el religioso permaneció inalterable, y Almanzor como por un misterioso y secreto impulso, se contuvo ante la actitud del monje y respetó el depósito sagrado.

(1) Conde pone esta expedicion je de Silos, á Pelayo de Oviedo, y tres años antes. Seguimos al monje á Almakari.

Destruída la grande y piadosa obra de los Alfonsos, de los Ordoños y de los Ramiros, avanzó Almanzor con su hueste hácia la Coruña y Betanzos, recorriendo países, dicen sus crónicas, «nunca hollados por planta musulmana,» hasta que llegando á terreno en que ni los caballos podían andar, ordenó su retirada. Al llegar otra vez á Ciudad Rodrigo colmó de presentes á los condes auxiliares y los envió á sus tierras. Añade el arzobispo don Rodrigo, y lo confirma Almakari, que hizo trasportar á Córdoba en hombros de cautivos cristianos las campanas pequeñas de la catedral de Santiago, que mandó colgar para que sirviesen de lámparas en la gran mezquita, donde permanecieron largo tiempo ⁽¹⁾. Entró, pues, Almanzor en Córdoba precedido de cuatro mil cautivos, mancebos y doncellas, y de multitud de carros cargados de oro y plata y de objetos preciosos recogidos en esta terrible campaña. Al decir de nuestros historiadores estuvo lejos de ser tan feliz su regreso. Cuentan que Dios en castigo del ultraje hecho á su santo templo de Santiago envió al ejército musulmico una epidemia de que morían á centenares y aun á miles. Pero el Tudense, que no menciona aquella disenteria, dice que el rey Bermudo destacó por las montañas de Galicia ágiles peatones, que ayudados

(1) Campanas minores in signibus collocavit, que longo tempore ibi fuerunt. Roder. Tolet. de Mezquita Cordubensi pro lamp-

ibus collocavit, que longo tempore ibi fuerunt. Roder. Tolet. de Reb. Hisp. l. V. c. 46.

por el Santo Apóstol, perseguían desde los riscos á los moros y los cazaban como alimañas ⁽¹⁾, lo cual es muy verosímil atendida la topografía de aquel país y sus gargantas y desfiladeros.

Dedicóse el rey Bermudo II. después del desastre de Santiago á restaurar el santo templo con la magnificencia posible, y á reparar las maltratadas fortalezas, ciudades y monasterios de sus dominios, para lo cual pudo aprovechar el reposo que al fin de sus días parece quiso dejarle Almanzor, pues no se sabe que en los dos años que aun mediaron hasta la muerte de aquel monarca, volviera á molestar el territorio leonés el formidable guerrero musulman. Habíasele agravado á Bermudo la gota en términos de no permitirle cabalgar, y tenía que ser conducido en hombros humanos. Al fin sucumbió de aquella enfermedad penosa después de un reinado no menos penoso de diez y siete años, en uno de los últimos meses del año 999, en un pequeño pueblo del Bierzo nombrado Villabuena: su cuerpo fué trasladado después al monasterio de Carracedo, y de allí años adelante á la catedral de Leon, donde se conserva su epitafio y el de su segunda muger Elvira ⁽²⁾.

(1) More pecudum trucidabant. Luc. Tud. Chron. p. 38.

(2) El obispo cronista Pelayo de Oviedo se empeñó en afear la memoria de este rey, con una animosidad que sienta mal á un historiador y desdice de su carác-

ter de prelado. Comienza por llamarle indiscreto y tirano en todo (*indiscretus et tyrannus per omnia*): atribuye á castigo de sus pecados las calamidades que sufrió el reino, y hasta la circunstancia de haber repudiado su primera

Debido fué sin duda el extraño reposo de que gozaron en estos últimos años Leon y Castilla á las graves turbulencias que de nuevo se suscitaron en Africa, y á cuya guerra si bien no concurrió Almanzor en persona, dedicó toda su atencion y esfuerzos. El emir Zeiri ben Atiya, no pudiendo disimular mas el

muger y casádose con otra en vida de aquella, accion tan comun en aquellos tiempos como hemos observado, la califica él de *nefas nefandissimum*. Pero el monje de Silos, que muy justamente es tenido por escritor mas verídico, desapasionado y juicioso, nos pinta á Bermudo como un príncipe prudente, amante de la clemencia y dado á las obras de piedad y devocion. Cierto que su reinado fué calamitoso y desgraciadísimo: ¿pero qué pudiera haber hecho Bermudo contra un enemigo del talento y del temple de un Almanzor? A pesar de todo y en medio de tan azarasas circunstancias no se olvidó de dotar al país de algunas instituciones útiles. Restableció las leyes del ilustre Wamba, y mandó observar los antiguos cánones; no los cánones pontificios, como arbitrariamente interpreta Mariana y le hacen ver sus anotadores, sino los de la antigua iglesia gótica.

En su afán de ennegrecer la fama del monarca le atribuyó el cronista crímenes que no cometió, y milagros á los obispos que tuvo necesidad de castigar, y aun los aplica á obispos que se sabe no existieron. No fatigarémos á nuestros lectores con el relato de estas invenciones que acreditaron á Pe-layo de poco escrupuloso y aun de falsificador de la historia, de cuyo concepto goza entre los mejores críticos.

Con respecto á las mugeres de Bermudo II., de las exquisitas investigaciones del erudito Florez resulta en efecto haber tenido dos legítimas, ó por lo menos veladas ambas *in facie ecclesie*: la primera llamada Velasquita, de quien tuvo á Cristina, que casada despues con el infante don Ordoño, dió origen á la familia de los condes de Carrion: la segunda Elvira, hija, como hemos dicho, del conde de Castilla García Fernandez, de la cual tuvo tambien varias hijas y un hijo varon, que fué el que le sucedió en el trono con el nombre de Alfonso V. Es tambien indudable que se casó con Elvira viviendo Velasquita, á quien habia repudiado, no sabemos por qué causa, pero que fué reconocida como legítima: y este monarca nos suministra otro ejemplo de la facilidad y ningún escrúpulo con que los reyes católicos de aquellos tiempos se divorciaban y contraian nuevos matrimonios viviendo su primera esposa. Tuvo ademas sucesion Bermudo de otras dos mugeres que se cree fueron hermanas, á quienes el sábio Florez llama segun su costumbre *amigas*, y los demas cronistas nombran con menos rebozo *concubinas*. Noticias son todas estas que dan luz no escasa sobre las costumbres y la moralidad de aquellos tiempos en esta materia.

enojo contra Almanzor que hasta entonces habia encubierto con el velo de una amistad aparente, se resolvió ya á suprimir en la chotba ú oracion pública el nombre del regente de España, conservando solo el del califa Hixem. Deshecho y destrozado por el caudillo fatimita el primer ejército que envió Almanzor, fué preciso que acudiera su hijo Abdelmelik que ya habia ganado en Africa el título de Almudhaffar ó vencedor afortunado. Con su ida mudó la guerra de aspecto. En una refriega recibió el emir Zeiri tres heridas en la garganta, causadas por el yatagan del negro Salem, y en otro combate que duró desde la mañana hasta la noche, sucumbió en el campo de batalla. El valeroso hijo de Almanzor se posesionó de Fez, donde gobernó seis meses con justicia y con prudencia, y el territorio de Magreb quedó de nuevo sometido á la influencia de Almanzor. Tan lisonjeras nuevas fueron solemnizadas en Córdoba dando libertad á mil ochocientos cautivos cristianos de ambos sexos, haciendo grandes distribuciones de limosnas á los pobres, y pagando á los necesitados todas sus deudas.

La prosperidad de las armas andaluzas al otro lado del mar hubo de ser fatal á los cristianos de la Península; porque desembarazado Almanzor de aquel cuidado, volvió á sus acostumbradas expediciones. Dos mencionan las historias arábicas en el año 1000, al Oriente la una, al Norte la otra, que dieron por re-

sultado la destrucción de algunas poblaciones y la devastación de algunas comarcas, que los naturales mismos solían abandonar ó incendiar á la aproximación de los enemigos. Trascurrió el año 1001 sin notable ocurrencia, como si hubiera sido necesario este reposo para preparar el gran suceso que iban á presenciar los dos pueblos.

Habia sucedido en el reino de Leon á Bermudo II. el Gotoso, su hijo Alfonso V., niño de cinco años como Ramiro III. cuando entró á reinar, y al cual se puso bajo la tutela del conde de Galicia Menendo Gonzalez, y de su muger doña Mayor. Diríjale al mismo tiempo su tío materno el conde de Castilla, Sancho Garcés, el hijo y sucesor de García Fernandez. Reinaba en Pamplona otro Sancho Garcés el Mayor, nombrado *Cuatro-Manos* por su intrepidez y fortaleza, y estaba casado con una hija del de Castilla, llamada Sancha ⁽¹⁾. Todos estos soberanos vieron en el año 1002 un movimiento universal é imponente por parte de los sarracenos en el

(1) El rey Sancho de Navarra era llamado en este tiempo rey de los Pirineos y de Tolosa, en razón á que su poder se extendía á aquella region de la Galia, nombrada antiguamente la Segunda Aquitania, ya por su parentesco con los condes de aquellas tierras, ya porque estos prefiriesen reconocer una especie de soberanía en el monarca navarro á someterse á la nueva dinastía de los Capetos. Há-

blase también de un conde Guillerme Sanchez, cuñado de Sancho el Mayor, que era duque de la Vasconia francesa. Todos estos parece que suministraron tropas al navarro para la batalla de que vamos á hablar, y así se explica el número considerable de cristianos que llegaron á reunirse. Hist. des Cont. de Tolose, Rodolp. Glaber, Bouquet, Briz, Martínez y Sandoval, cit. por Romey, tom. IV. c. 47.

mediodía y centro de la España musulímica. Los walies de Santarén, de Badajoz y de Mérida, allegaban toda la gente de armas de sus respectivos territorios. Numerosas huestes berberiscas habian desembarcado en Algeciras y en Osonoba; eran refuerzos que Moez, hijo y sucesor del difunto Zeiri, se habia comprometido á enviar á Almanzor para la gran gazúa que meditaba contra los cristianos. Las banderas de Africa, de Andalucía y de Lusitania se congregaban en Toledo. ¿Qué significan estos solemnes preparativos? Es que Almanzor ha resuelto dar el último golpe á Castilla, á esa Castilla cuya obstinada resistencia le es ya fatigosa, y quiere agregarla definitivamente al imperio musulman. Terrible es la tormenta que amenaza á los castellanos. Pero su mismo estruendo los despierta, y en vez de amilanarse se preparan á conjurarla. Convidó Sancho de Castilla á los dos soberanos sus parientes á formar una liga para resistir de consuno al formidable ejército musulman. La necesidad de la union fué reconocida, cesaron las antiguas disensiones, pactóse la alianza, y se organizó la cruzada contra los infieles. El punto de reunion del ejército cristiano combinado eran los campos situados por bajo de Soria, hácia las fuentes del Duero no lejos de las ruinas de la antigua Numancia. Conducia las banderas de Leon, Asturias y Galicia el conde Menendo á nombre de Alfonso V., niño entonces de ocho años; mandaban las de Navarra y Castilla sus respectivos soberanos.